

Revoluciones estéticas

Jorge Edwards



El llamado "boom" de la novela hispanoamericana, el de Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, entre muchos otros, ayudó a conocer a novelistas anteriores, marginales, emparentados entre ellos, desde autores como Juan Rulfo y Alejo Carpentier, hasta el extraordinario y excéntrico Felisberto Hernández, o hasta Juan Carlos Onetti, el sombrío narrador de "El astillero", el William Faulkner del sur y de la lengua española. En alguna forma, en otro contexto, con un relativo aspecto de ciclo, aunque nada se repite con exactitud, se produce ahora un fenómeno comparable con la pintura de nuestros países. Insisto en que es un asunto completamente diferente, en que toda noción de repetición cíclica es excesiva y podría ser hasta abusiva. Pero hay nexos subterráneos, vasos comunicantes, entre la pintura de Matta, de Wilfredo Lam, del brasileño Cândido Portinari, para citar sólo unos cuantos nombres, y los mundos literarios de Onetti, de Jorge Luis Borges, del Neruda de "Residencia en la tierra" y el César Vallejo de "Poemas humanos", de Guimarães Rosa y Clarice Lispector. Abro el abanico de los nombres en forma deliberada, sin recurrir a las listas consabidas y repetidas hasta la saciedad, equivalentes a guías de teléfonos o a lugares comunes de la crítica literaria y artística. Propongo listados diferentes, menos obvios, menos triviales: hay una relación entre obras de Matta y relatos de Clarice Lispector, entre poemas de "Residencia en la tierra" y pinturas del Wilfredo Lam de los años cuarenta y cincuenta. Acabo de visitar una completa exposición de Lam en el Centro de Arte Reina Sofía, en Madrid: encontré parentescos enigmáticos, oscuros y a la vez reveladores, entre un poema clave de "Residencia en la tierra", "Un día sobresale", y pinturas de Lam que aluden a la noche y a los primeros signos del amanecer. Me parece que una de esas pinturas se llama, precisamente, "Despedida de la noche", y es una versión de momentos limítrofes, de choques de la oscuridad con los primeros anuncios del alba.

Algunos ensayistas sostienen que Lam es un surrealista cubano. Escuché

una vez una conversación entre Louis Aragon y Neruda en la que sostenían, con una especie de entusiasmo rupturista (para definirlo de alguna manera), que ambos habían sido surrealistas siempre. Habría sido ingenuo tomar esa afirmación al pie de la letra: era una broma, una ligera provocación en años de incipiente deshielo ideológico, una metáfora. Wilfredo Lam, claro está, después de la ocupación nazi de París, se encontró en Marsella con André Breton, el Papa del surrealismo, y no fue un encuentro sin consecuencias. Hubo una afinidad de fondo, un estímulo recíproco. La pintura de Lam no estaba lejos de Víctor Brauner, de Max Ernst, de Yves Tanguy. No sé hasta qué punto las teorías mismas del surrealismo influyeron en el trabajo del cubano. En todo caso, Lam llevaba la exploración del inconsciente, la búsqueda de espacios de libertad mental, a elementos que estaban lejos de lo europeo: la selva americana, los mundos indios, negros,



“

En Lam era expresión de una experiencia íntima, personal: la de ser mestizo de negro y de chino en las sociedades blancas de la Cuba de su época y de París”.

ajenos. Lo que venía de otra parte. En Lam era expresión de una experiencia íntima, personal: la de ser mestizo de negro y de chino en las sociedades blancas de la Cuba de su época y de París. Pero la vanguardia europea también ensayaba en esos años una crítica radical de las tradiciones establecidas, convencionales, del hombre blanco.

Había visto obras de Wilfredo Lam en forma separada, fragmentaria, y estuve más de alguna vez en su taller de París. El desarrollo de su pintura, desde un magnífico bodegón de juventud y desde algunos retratos de personajes habaneros, para llegar a cuadros que tienen que ver con el sueño, con el aire, con una noche mítica, con pájaros y figuras de la imaginación, es una de las aventuras interesantes del arte del siglo veinte. A veces recuerda los personajes y los episodios aéreos, siderales, de Matta, con una diferencia interesante: en Matta hay constantes estallidos de luz, de oros, amarillos, rojos, azules reverberantes. Parece que en Lam hubiera, en cambio, una noche predominante, constante: noche con ojos que vigilan en la distancia, en medio de una selva espesa. Todo, sin embargo, desde lo oscuro, tiende a volar: los pájaros rectilíneos, parecidos a flechas, son emblemas de toda la obra madura del cubano.

He visto la obra completa del uruguayo Torres García en una galería de Madrid y ahora me encuentro con Wilfredo Lam. Los parentescos son notorios, pero quizá sea más interesante señalar diferencias. Torres García deriva a la abstracción, al jeroglífico, a la cábala. Su obra es de una pureza estética impecable. Recuerda por momentos a Paul Klee. Es un primitivo moderno; en

más de algún aspecto, un esotérico, un inspirado, un hermético. Wilfredo Lam se interna en espacios selváticos, poblados por pájaros, animales, seres inventados. Sus personajes flotan en una noche de pesadilla, de vuelo. Torres García pertenece al universo de la esfinge como forma de inteligencia superior. Lo que me sorprende es la vigencia actual de la pintura del norte, el centro y el sur de América. Lo peor es encontrarse con una inteligencia crítica rutinaria, dormida. Lo interesante de la pintura hispanoamericana, latinoamericana, si ustedes prefieren, es que rompe, inventa, escapa de todo academicismo. Conocerla, comentarla con ideas propias, es una de nuestras tareas pendientes.

Pablo González
Centro de Sistemas Públicos
(CSP)-DII U. de Chile



No culpemos a la montaña

Para reducir la contaminación en Santiago, las autoridades intentan controlar las quemas agrícolas y las fuentes industriales, pero más que nada apelan a la buena voluntad para disminuir el uso del automóvil y la leña. El problema de la contaminación no se resuelve con súplicas, sino con voluntad política. Si estamos en condiciones complejas de ventilación, deberíamos ser más exigentes con los estándares ambientales, su fiscalización y las multas por infringirlos. En lugar de eso, cumplimos bajando el estándar: un día de buena calidad del aire en Santiago sería de emergencia en países más serios. Primer paso: seamos más sinceros y exigentes con las normas.

Segundo, prohibir es más fácil que fiscalizar. La leña, de acuerdo a un estudio reciente, produce el 70% de la contaminación de MP 2,5 en invierno. Esto es suficiente para justificar su prohibición. No es que los pobres usen leña por ser más barata: el 70% de esa mugre proviene de hogares de altos ingresos. El carbón, por su parte, puede ser reemplazado por gas o electricidad. Las empresas contaminantes, en tanto, deben emplazarse o trasladarse lejos de la capital, en lugares con mejores condiciones de ventilación. Esto dará más oportunidades a la descentralización. Las obras y faenas contaminantes deben paralizar cada vez que haya alerta ambiental. Las que aumenten la congestión deberían prohibirse a menos que generen soluciones al problema que causarán. El subsidio relativo al diésel, más contaminante que la bencina, debe ser eliminado. Tercero, se debe privilegiar el transporte público y no contaminante. El Transantiago es deficiente en este ámbito. La bicicleta está casi prohibida por la falta de ciclovías seguras, la contaminación ambiental y la imprudencia de los automovilistas. El uso del automóvil debería pagar el costo que ocasiona según la vía y la distancia recorrida. Aceptamos el cobro para circular por autopistas concesionadas, ¿por qué no para salvar las vidas de cientos de niños y adultos mayores que mueren por no tomar medidas apropiadas? Los autos y buses eléctricos debiesen estar exentos de cobro y tener beneficios tributarios. Cuarto, debemos ampliar los medios de fiscalización (por ejemplo, el actual tag permitiría detectar vehículos circulando con restricción) y elevar las multas para disuadir la infracción por las empresas.